

Carlos Zamora, *Quinteto de vientos N° 1*, 1995

Para flauta, oboe, clarinete, fagot y corno, en dos movimientos: *Chacarera* y *Trote*, más una *cadenza* de corno al final de la obra. Nació de un encargo del Quinteto de Vientos Siglo XXI y es una de las piezas del *opus* de Zamora más ejecutadas. La obra está incluida en el CD *Música Chilena del Siglo XX, Vol III*. ANC, 1999.

Caracterizan la música de Zamora, la potente función que cumple el ritmo, el papel destacado de los aerófonos y el uso significativo de la voz. En lo específico, sus texturas suelen ser desnudas, desprovistas de ropajes, “objetivas”. Su polifonía suele sacar partido del choque disonante, de la formación acordal incisiva y directa en cuanto a su percepción. También se aprecia en su *opus*, un interés por aprovechar los recursos idiomáticos de última generación de los instrumentos tradicionales, los que, en su *opus* más ecléctico, son siempre combinados con recursos provenientes de la música atacameña. Esta es la cultura de origen de Zamora, y ella ha dejado huella en su lenguaje musical, de la manera natural de quien hereda una “voz” nativa.

En su primer Quinteto de vientos Carlos Zamora se vale de los principales recursos idiomáticos contemporáneos para los aerófonos. Se pueden oír multifónicos, *whistle tones* y golpes de llaves en la flauta travesa y clarinete, así como barridos de *glissandi* en el corno. Estos recursos especiales están insertos siempre dentro de una escritura basada esencialmente en dos parámetros, ritmo y melodía. Es pues, una obra desnuda, libre de elaboraciones tímbricas y ropajes instrumentales colorísticos. La construcción rítmica que impera en la obra, está sustentada mayoritariamente sobre la nota repetida, señala Pablo Aranda (2000) que actúa como principio de acción, “aplicado reiterativamente en la ‘chacarera’ y el ‘trote’, con un criterio sumativo, no solo al inicio, sino que a veces como nexo o final de secciones breves y homogéneas.”

Chacarera se articula a través de una textura de melodía acompañada. Los ritmos acompañan una melodía de rasgos folclóricos de propia invención de Zamora. *Trote* genera la ilusión acústica de hacer interactuar hasta tres subgrupos instrumentales, cada uno con su propio material y temporalidad. Como señala Aranda, al principio constructivo rítmico, “se le superponen ‘melotipos’ que van siendo reiterados paulatinamente en los distintos instrumentos sin un afán evolutivo, sino como una proyección instrumental o sonorización encadenada de elementos ya conocidos.” (2000)

Ambos movimientos funcionan con patrones rítmicos de soporte y, en el caso específico de *trote*, la obra se conecta con un recurso madrigalístico-musémico: las sonoridades de las bandas de los pueblos altiplánicos se dejan oír en este movimiento a través del procedimiento tan singular como la superposición de espacio-tiempos musicales diversos, con sus propias unidades de *tempo*, del mismo modo en que las bandas de las fiestas de religiosidad popular se superponen unas con otras durante el ritual.

Rafael Díaz

Referencias

Aranda, Pablo. 2000. Reseña “Música Chilena del siglo XX Volumen III”,
Resonancias, 6: 71-74.

Música chilena del siglo XX. 1999. Vol III, Asociación Nacional de Compositores
de Chile, CD.